

Lauro Martines

SANGRE DE ABRIL

FLORENCIA Y LA CONSPIRACIÓN CONTRA LOS MÉDICIS

Prólogo

Un domingo de abril de 1478, en la catedral de Florencia, un grupo de conspiradores trató de acabar con la vida de dos de los principales miembros de la familia Médicis, Lorenzo el Magnífico, jefe extraoficial del Estado, y Juliano, su hermano menor. El complot, conocido como “la conspiración de los Pazzi”, fracasó; las represalias posteriores se saldaron con un baño de sangre y de ahí el título de este libro: *Sangre de abril*.

Ésta es la historia de unos hombres impulsados por instintos execrables: un joven orgulloso, político brillante y poeta, Lorenzo el Magnífico de Médicis; un papa entregado en cuerpo y alma al saqueo de la fortuna y las prebendas de la Iglesia en provecho de sus propios sobrinos; un arzobispo dispuesto a asesinar si fuera necesario para su carrera; un astuto rey de Nápoles; mercenarios a sueldo, y una emprendedora familia florentina propietaria de una inmensa fortuna: los Pazzi. El complot marcó además una línea divisoria en la historia de Florencia: por un lado, una vibrante república cuyos orígenes se remontaban al siglo XIII; por otro, a partir de 1478, un incipiente principado o “tiranía”. Pero el eje de lo ocurrido, con sus inmediatas secuelas sangrientas, giró en torno a un inquietante y multiforme episodio: cruel, enmarcado en una misa solemne, de gran resonancia y que evoca el lado más trágico de la naturaleza humana.

Si estas razones no fueran suficientes para justificar un libro sobre la conspiración, cabe añadir que muy pronto, sólo un día o dos después de la eclosión, los acontecimientos en la catedral fueron superados por la presión de los intereses de los cinco grandes Estados italianos. Los Médicis estaban unidos por fuertes vínculos políticos con el ducado de Milán y con la familia Sforza, y Lorenzo recurría a su protección y mecenazgo. Florencia había suscrito además una alianza con la república de Venecia, que obligaba a los venecianos, en situación de emergencia, a prestar ayuda militar a la república florentina.

Y se produjo una revelación asombrosa: se descubrió que las grandes potencias al sur de Florencia, los Estados pontificios y el reino de Nápoles, habían manejado los hilos en la sombra y habían jugado un papel decisivo en el complot. El papa Sixto IV y el rey Ferrante de Nápoles tenían intereses políticos en la Italia central, a lo largo de las fronteras florentinas: alcanzarlos sería más fácil si la república de Florencia se liberaba de una incipiente tiranía de los Médicis. Para urdir la trama, ambos políticos se habían atraído la cooperación de dos vecinos de Florencia: la pequeña república de Siena y el duque de Urbino, uno de los grandes capitanes mercenarios de la época. La secuela de la Conspiración de Abril sería la guerra de los Pazzi, o la guerra de la conspiración de los Pazzi: casi dos años de conflicto armado, discursos incendiarios y refinadas traiciones.

El Renacimiento italiano no fue ajeno a la violencia política, sobre todo porque la savia vital y la conciencia despierta de un pueblo pueden desembocar a veces en cólera explosiva y amotinamientos contra la autoridad constituida. El perfil de la Italia moderna se fraguó y se conformó a fines de la Edad Media (h. 1050-1350), en una confusa sucesión de guerras y alzamientos contra los reyes y los emperadores alemanes, los papas, los magnates feudales y los invasores extranjeros. A fines del siglo XIV, ya había cuajado en la península italiana la distribución clásica de potencias independientes: Venecia, Milán, Florencia, los dominios pontificios y el reino de Nápoles, cada uno con su constelación de territorios y ciudades sometidos. Estados más pequeños, como el señorío de Ferrara o las minúsculas repúblicas de Lucca y Siena, sobrevivían con inquietud al lado de sus poderosos vecinos; y el gran puerto de Génova estaba bajo la férula del gobierno de Milán. De esta distribución se nutrían el arte de la diplomacia y la paulatina importancia que fue adquiriendo el embajador destacado, figura que no tardaría en consolidarse como indispensable en el proceso diplomático.

Pero la ambición de tierras, tropas y poderes siguió alimentando las rivalidades; reclutar ejércitos se transformó en práctica común, cuando no inevitable; la audacia y la genialidad política, unidas a unos nervios de acero, pasaron a ser imprescindibles, igual que la discreción y la razón; y el matrimonio como herramienta política se convirtió en norma. Todos estos factores intervinieron en mayor o menor grado en la Conspiración de Abril, en la guerra de los Pazzi que siguió y en las estrategias que permitieron a Lorenzo de Médicis alcanzar las mayores cotas de poder durante la década de 1480.

Florencia era el más débil de los grandes Estados italianos en lo que se refiere a ingresos medios y cantidad de soldados, a pesar de los muchos banqueros residentes en la ciudad y de su posición privilegiada como capital financiera. La guerra, pues, podía ser especialmente amarga para los florentinos y su república "burguesa".

Pero, como bien sabemos, ni por espíritu ni por vigor cultural se quedaba pequeña la ciudad de Florencia.

Aquí vivió Maquiavelo (nacido en 1469), formándose bajo tensos avatares políticos, que llevarían a la explosiva renovación de las libertades republicanas de Florencia en 1494-1495. Presenció las intensas controversias -reacciones contra el dominio Médicis- de esa década turbulenta, que dejaría su impronta en el vocabulario conceptual de sus escritos. Mientras, en un mundo aparentemente más cercano, Verrocchio, los hermanos Pollaiuolo y otros artistas florentinos proseguían sus trabajos para los mecenas privados y las órdenes religiosas. Dos o tres años después de la Conspiración de Abril, Botticelli pintó su *Primavera*, luminosa imagen salpicada de recónditas referencias, sólo al alcance de un selecto círculo de iniciados. La serenidad y el tono elevado que caracterizan gran parte de la pintura religiosa del período, la de Ghirlandaio y Botticelli por ejemplo, en la que abundan retratos de personajes contemporáneos, son probablemente un ejercicio para dotar de transcendencia a la imagen de sus mecenas: obras que reconstruían instantes de paz o de absoluta perfección personal, en intenso contraste con las brutales tensiones políticas y la lucha por ganarse posiciones y favores. La poesía de la época, incluida la de Lorenzo de Médicis, incorpora alabanzas de la vida rural frente a las ambiciones, la avaricia y los turbios entresijos morales de la urbe.

Aunque todas estas cuestiones están presentes en esta historia, no tendré ocasión de tratarlas. Pero podemos detenemos un momento y pasear la mirada por la ubicua presencia de la política en la vida de Florencia, observar la huella que imprimió a la alta cultura y constatar que estaba permanentemente vinculada a la resurrección y el estudio de la literatura clásica (humanismo). Siempre a la caza de cátedras en la Universidad de Florencia/Pisa, los escritores y eruditos debían rondar a los mecenas políticos y persuadirlos para que mediasen a su favor. El nombramiento de los principales puestos de secretaría, estrictamente reservados a hombres de letras e intelectuales, también pasaba por la intervención de los políticos. Los humanistas tradujeron los escritos clásicos del griego al latín, o del latín a la lengua vernácula, muchas veces por encargo de ricos e influyentes ciudadanos. Dedicaban traducciones no solicitadas o sus propios escritos a individuos encumbrados de la política y el gobierno, a la vez que exploraban obras clásicas capaces de atraer a comerciantes acaudalados, banqueros, políticos y príncipes de Estados vecinos. En este sentido, se esforzaban en popularizar elementos de la educación clásica, confiaban en divulgar las voces más selectas de la Antigüedad: Quintiliano, Livio, Platón, Plutarco, Plinio, etcétera.

Pero, tras el retorno de Cosme de Médicis del exilio, en el otoño de 1434, no hubo familia en Florencia capaz de igualar o siquiera

acercarse al enorme caudal de dedicatorias, traducciones y celebraciones poéticas en honor a los Médicis. Fueron el epicentro de seducción y adulación de la literatura. Como tenían el poder, esperaban los elogios y luego, en consecuencia, los exigían, suscitando así odios políticos. Semejante escenario obligó a escritores y eruditos que debían ganarse la vida con su pluma a traficar con ideas y distintos grados de partidismo. Tal fue el caso de Poliziano en su *Memoria de la conspiración*. Estuvieran o no directamente implicados en la violencia política, lo cierto es que estos personajes se movían constantemente a su sombra.

En el corpus de la historiografía reciente sobre la Florencia del Renacimiento, la política se ha dejado muy de lado o incluso se ha ignorado, como si estuviese revestida de un halo tan desagradable, tan innoble o simplemente tan gris que, cuanto menos se mencione, mejor. “Mezquina y vil” tal vez, pero nunca gris, y dejarla de lado nos expone al riesgo de perder el punto clave de partida y, en consecuencia, mal interpretar la historia de las ciudades italianas del Renacimiento. Pequeñas, populosas, regladas, industriosas, profundamente circunscritas y delimitadas por sus murallas (Venecia por el agua), todas y cada una de ellas eran un escenario político: un espacio en el que el poder del Estado era omnipresente.

En dicho espacio todo residente se veía afectado, y afectado diariamente, por decisiones tomadas en un palacio de gobierno que nunca distaba más de unos cientos de metros de la mayoría de los ciudadanos. Los símbolos visuales y sonoros de la autoridad estaban por todas partes: los pregoneros con su corno, los guardias uniformados, la lectura de citaciones judiciales, el tañido de campanas oficiales, las grandes llegadas y las grandes partidas, y las libreas de apresurados funcionarios y mensajeros. Además de los impuestos sobre la propiedad y los “préstamos forzados” que debían satisfacer los ciudadanos, todos los contratos y comestibles tenían su impuesto, los vestidos más lujosos estaban regulados por ley, cada noche había toque de queda, la tortura era habitual, la aplicación de la pena de muerte se convirtió deliberadamente en un espectáculo y la indiscreción de los agentes del gobierno expuso gran parte de los negocios privados de las familias a los ojos y oídos de toda la población. Este escenario urbano, marcado aún por la cultura cristiana de la alta Edad Media, era el crisol donde se formaban el arte y las ideas, pero también identidades sociales e individuales.

Puesto que en los capítulos esenciales nos referiremos extensamente al papa Sixto, los lectores deben saber que el papa no sólo era el

patriarca reconocido de la cristiandad occidental y el vicario de Cristo en la tierra en términos teológicos, sino también el supremo representante de un Estado seglar en una región que se extendía desde Roma hasta el Adriático. Estas funciones lo asemejaban mucho a cualquier otro gobernante italiano, flanqueado por funcionarios del gobierno, tribunales, magistrados de policía y recaudadores fiscales, además de contar con ejércitos y diplomáticos a su servicio.

Sobre la importancia de los cardenales, que también jugarán un papel destacado en esta historia, baste con decir que normalmente procedían de las filas de eminentes familias urbanas, feudales y principescas. Ellos eran quienes elegían al papa, y a su vez ellos mismos eran elegidos por los papas. Cuando un cardenal no era rico, el papa debía velar porque sus ingresos eclesiásticos le permitiesen vivir holgadamente, disponer de un séquito de servidores y actuar como mecenas. Cada región y cada ciudad intentaba atraerse el apoyo romano de uno o varios cardenales para alcanzar una legión interminable de prerrogativas, que iban desde el derecho a imponer impuestos a sacerdotes y frailes hasta solventar favorablemente querellas legales en Roma, por no mencionar la ambición de puestos eclesiásticos entre clérigos que retornaban a su tierra. Los cardenales eran los magnates de la Iglesia.

Mi expresión “los Piores”, que utilizaré a lo largo de todo el libro, se refiere al consejo de gobierno de Florencia: la Señoría o los Señores. Se trataba de una institución integrada por ocho priores y un confaloniero de justicia, el jefe del Estado, elegidos para ocupar el cargo por períodos de tan sólo dos meses. Es decir, el gobierno de la ciudad variaba, sorprendentemente, seis veces al año. Pero el sistema confería por lo general una sorprendente estabilidad, tanto por el hábito de consultar casi diariamente a los miembros más experimentados de la clase política como por la estrecha implicación de los ciudadanos que tenían la esperanza o la expectativa de rotar en los puestos administrativos principales.

Las amplias consecuencias de la conspiración de los Pazzi son materia para una reflexión más detenida y para mi capítulo de conclusiones.